

# FEBO TORMOGO

---

## EL SEGISAMONENSE MAS ANTIGUO DE QUE HOY TENEMOS NOTICIA

Mediando el siglo II de nuestra era, fué enterrado en Roma un joven llamado Febo, natural de Sasamón.

Su lápida mortuoria era descubierta el año 1727, en la excavación que el Cardenal de Polignac mandó efectuar en la Vía Apia, junto al Columbario de los Siervos y Libertos de Libia Augusta.

Hoy tengo la satisfacción de publicar, por primera vez en España, la fotografía de dicha lápida y un resumen de las noticias que sobre ella he podido reunir, como modesto homenaje al pueblo que a él y a mí, nos vió nacer.

Dichas noticias las divido en tres apartados: las referentes al descubridor, las relativas al lugar del hallazgo y las concretas de la lápida misma.

### PERSONALIDAD DEL DESCUBRIDOR

El mecenas de la excavación que dió lugar al hallazgo de la lápida, fué el Cardenal Melchor de Polignac, una de las grandes figuras que surgieron, y a la vez hicieron posible, el reinado del Rey Sol, y que lograron constituirse en piezas indispensables de su gran máquina de gobierno, gracias desde luego a su talento, pero también a su ambición, y a sus constantes adulaciones.

Polignac era hombre de muy clara inteligencia, como lo demostró desde sus años de estudiante en los colegios de Clermont y Harcourt; de extraordinaria memoria, admiración de sus contemporáneos; de profundos conocimientos científicos, gran filósofo, muy aficionado a las bellas artes, orador elocuente y admirable conocedor del latín y del griego, sobre todo

del primero, idioma en que escribió un poema de 9.000 versos, considerado como la obra maestra de la moderna literatura latina. Pero sobre todo destacaron en él sus grandes dotes diplomáticas.

Así, contando sólo 28 años, pero acabados ya sus estudios eclesiásticos, fué a Roma acompañando al Cardenal de Bouillon, que acudía a tomar parte en el cónclave, y tuvo ocasión de intervenir en varias negociaciones, que impidieron que estallara un cisma en la Iglesia.

Volvió a la Ciudad Eterna, con el mismo Cardenal, y para idéntico motivo, el año 1691. En este cónclave salió elegido papa Inocencio XII, pero después de cinco meses de tiranteces y negociaciones entre los partidos francés y español, en las que la habilidad y tacto de Polignac dejaron honda huella.

En 1695 trata Luis XIV de resolver de un golpe, el doble problema de alejar de Francia al príncipe Conti, que por su inteligencia, valor y don de gentes se había granjeado una popularidad entre el pueblo y la corte, que al rey le empezaba a resultar incómoda, y el de conseguir que la sucesión del rey de Polonia Juan Sobieski, que se hallaba muy enfermo, recayera en persona afecta a Francia y no en un miembro de la casa de Sajonia.

Para conseguirlo no encontró mejor medio que designar a Polignac su embajador en Varsovia, con la misión concreta de obtener de los magnates polacos que eligieran por su rey al citado príncipe de Conti: Francisco Luis de Borbón.

El éxito acompañó a Polignac en su gestión. Pero el de Conti, desinteresado por la corona, tenía el único deseo de permanecer en Francia atraído por los encantos de la cuñada del rey. Así es que, a pesar de estar ya elegido, puso toda clase de obstáculos a su marcha, y cuando al fin lo hizo, fué con tanto retraso, que los magnates polacos habían revocado la primera determinación y designado como rey al elector de Sajonia Federico Augusto.

Conti, al llegar a Danzig, supo la revocación de su nombramiento con gran satisfacción, y volvió a Francia muy complacido. También regresó Polignac, pero como el resultado obtenido en la embajada, muy a pesar suyo, no había sido el previsto por Luis XIV, fué desterrado a la Abadía de Bonport.

Sin embargo, sus cualidades le hacían indispensable, y no tuvo que esperar mucho a que nuevos problemas diplomáticos reclamaran su presencia. El principal, el fallecimiento de Carlos II de España y la designación de su sucesor en la corona. Y así, en 1704, lo vemos, no solo totalmente rehabilitado, sino ocupando en la Academia Francesa el puesto quedado vacante a la muerte de Bossuet; en 1706 es designado auditor de la Rota

Romana, y en seguida se le manda ir a Roma a inclinarse al lado de Francia, en el pleito sucesorio español, al pontífice reinante Clemente XI.

La paz de Utrecht fué un nuevo y gran motivo para destacar, e intervino tan eficazmente en sus negociaciones, que aparte de otras muchas distinciones y ventajas, obtuvo el capelo cardenalicio.

Así, pues, en 1715, año de la muerte de Luis XIV, Polignac estaba en el cenit de su prestigio y de su influencia. Fué opuesto al sistema del regente Duque de Orleans, lo que le relegó un poco políticamente. En cambio su intervención destacó en esta época muy eficazmente en el orden religioso, en relación con el ya viejo y difícil problema de los jansenistas, que a cada momento tomaba nuevas modalidades y adquiriría mayores bríos, a pesar de la «Unigenitus» y otras bulas papales.

Por estos años sus viajes a Roma son más numerosos aún, y muy prolongados, motivados en parte por los frecuentes cónclaves que hay que convocar dado al rápido fallecimiento de los papas elegidos.

Así en 1721 muere Clemente XI, y después de un cónclave muy agitado que dura cinco semanas, es designado para sucederle Inocencio XIII; pero como éste no vive más que tres años, en 1724 ha de reunirse de nuevo el Colegio cardenalicio. Rápidamente es elegido el cardenal dominico Francisco Pedro Orsini, que empieza a reinar bajo el nombre de Benedicto XIV, que luego cambia por XIII, en vista de que el que figuraba bajo tal número era el antipapa Pedro de Luna. Durante este pontificado Polignac desempeña el cargo de Prepósito de los Negocios de la Santa Sede, según puede aun leerse en una de las lápidas que hay en la monumental escalinata, terminada en 1725, que en Roma, sube desde la plaza de España a la Trinidad del Monte.

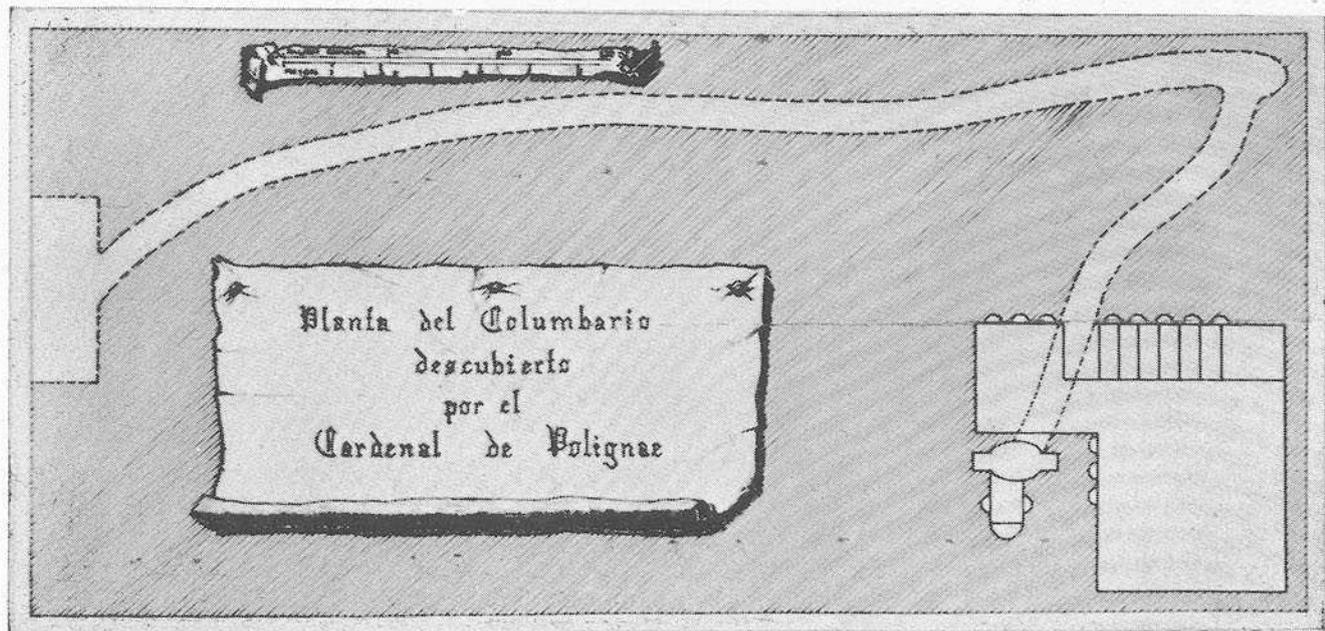
Solo cinco años está cubierta la silla de Pedro, y en 1730 vemos otra vez en el cónclave al cardenal de Polignac para tomar parte en la elección que designaría a Clemente XII.

Ya no asistió a ningún otro, pues en 1736 fué nombrado obispo de la diócesis de Auch, a donde se retiró, para dedicarse con gran celo al gobierno de la misma.

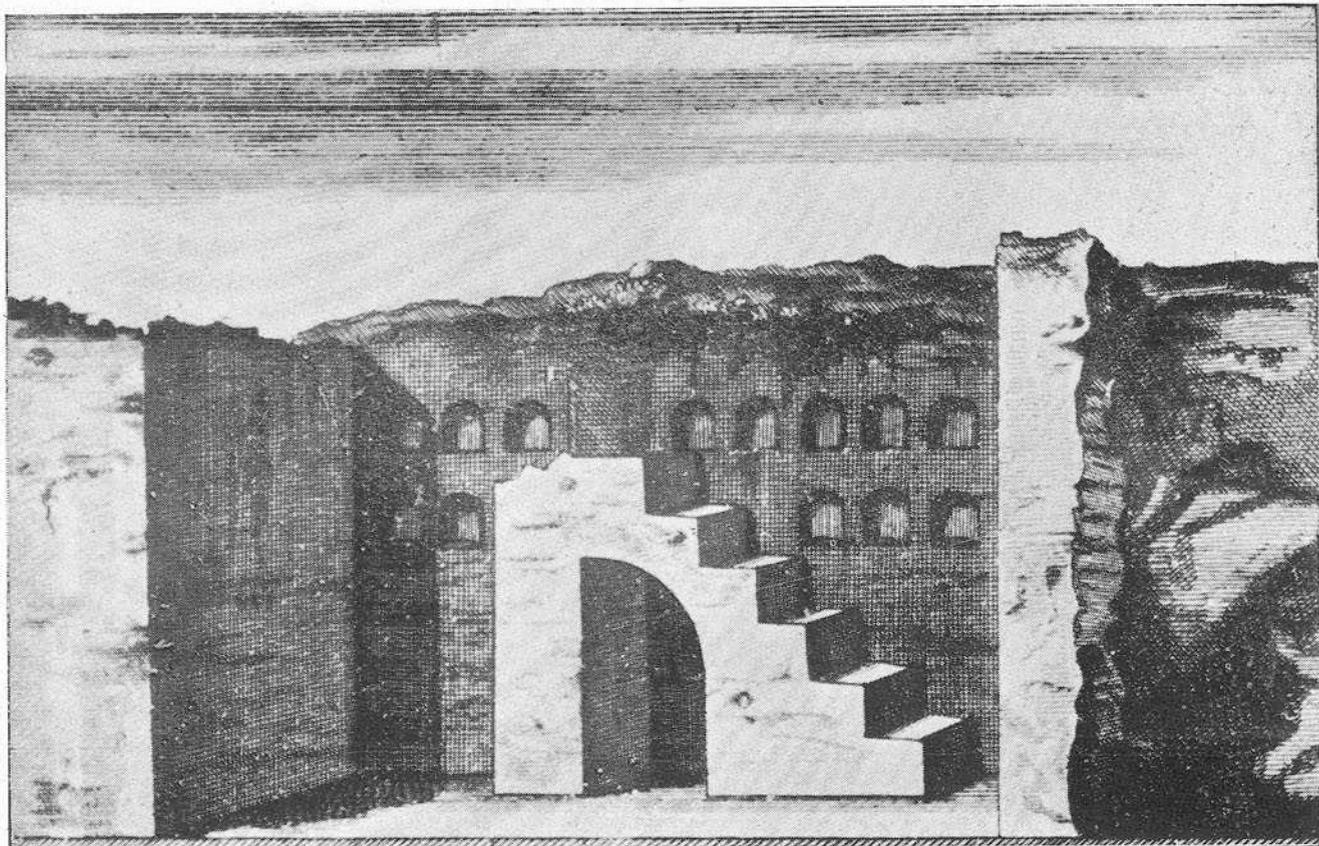
Murió en París, a consecuencia de un ataque de apoplejía, el 3 de abril de 1742, a los 80 años de edad, pues había nacido en Puy-en-Velay el 11 de octubre de 1661.

## LUGAR DEL DESCUBRIMIENTO

Entre las numerosas vías con que los romanos cubrieron su imperio, destaca por su interés histórico y artístico, la llamada Vía Apia, empezada a construir por Apío Claudio el ciego, durante su censura, hacia el año 312



Núm. 1.—Planta de todo el columbario.



Núm. 2.—Alzada de la planta principal del columbario.

antes de Jesucristo, y que al principio servía para unir Roma con Capua.

Más tarde, fué alargada considerablemente, empedrado el centro con losas de basalto, amojonada, bordeada de aceras, y adornada con múltiples edificios del carácter más vario: templos, sepulcros, termas, circos, etc.

Los bárbaros la respetaron y en el siglo VI de nuestra era estaba aún casi intacta; pero en la época feudal por desconocimiento o desprecio de su importancia, y en el Renacimiento, por un mal entendido amor a la antigüedad, que fomentó la rapiña de los desaprensivos y la precipitación de las excavaciones, quedó casi destrózada en cuanto a sus monumentos.

Ha sido a partir de fines del XVIII, cuando se ha procurado seriamente su conservación, se han emprendido excavaciones y restauraciones científicas y se la ha puesto en condiciones de ser utilizada por vehículos modernos.

A pesar de todo, la Vía Apia es aún hoy, un imponente museo arqueológico, y una lección viva de la historia, el poderío y las costumbres romanas.

Ya no existe la puerta Capena, donde comenzaba, puerta que formaba parte del recinto amurallado que en el siglo VI antes de Jesucristo, construyó el rey Servio Tulio para defender la ciudad, cada día más pujante, y por lo tanto más codiciada. Hoy se ve allí el obelisco traído de Abisinia en 1935 por las tropas de Mussolini y el moderno edificio de la FAO.

Pero si a partir de aquí, caminamos por ella en dirección Sur, aún podemos ver, dentro del tramo comprendido en la primera milla, a la derecha, los imponentes restos de las Termas de Caracalla, que denuncian su antigua magnificencia, un poco más allá a la izquierda, el sepulcro de los Escipiones, y después, en el centro, el arco levantado en honor de Druso, aquel hijo de Livía que venció tan rotundamente a los germanos.

En seguida nos cierra el horizonte la muralla Aureliana, comenzada a construir por este emperador en el siglo III de nuestra era, para amparar toda la Roma de aquel tiempo, mucho más extensa que la de los reyes, cuyas murallas incrustadas ya en el centro de la ciudad, habían perdido toda utilidad defensiva. La Vía Apia atraviesa la muralla por la Puerta de San Sebastián, enmarcada por dos torres gemelas. Ciento catorce metros más allá estaba el mojón indicador de la primera milla, hoy conservado en el Museo Capitolino.

Dentro de la segunda milla son notables: la tumba de Priscila, mujer de Abascandio, liberto favorecido por Domiciano; la humilde capilla del «¿Quo Vadis?», que nos trae a la memoria la aparición del Salvador a Pedro el año 69, que motiva el regreso de éste a Roma, para proteger y morir en medio de los suyos, y casi al final de la milla, el templo al dios

Rediculo (de redero=retroceder), en el lugar donde Aníbal decidió retroceder.

En la tercera milla llaman la atención las Catacumbas de San Calixto, la basílica de San Sebastián, una de las siete mayores, que cubre las catacumbas del mismo nombre, y la tumba imponente de Cecilia Metella. Casi junto al mojón de la tercera milla estaba la quinta de recreo que allí tuvo Herodes Attico, de quien luego hablaremos.

Y en la cuarta milla se encuentra el sepulcro de Séneca, y la quinta de Burro, donde el filósofo español vivió sus últimos días. Y así podrían enumerarse monumentos y lugares históricos en muchas millas más.

---

Pues bien, unos 800 pies romanos (o sea 240 metros) después del primer miliario, existía en 1725 una viña, propiedad del romano José Benci. Un español, sin duda técnico, o simple aficionado a la antigüedad clásica, llamado Juan de Angulo, sospechó que debajo de ella debía existir un monumento antiguo de interés, y trató de convencer al dueño para que le permitiera hacer las excavaciones necesarias en su busca. No fué empresa fácil conseguirlo. Accedió al fin, pero con la condición de que todos los gastos corrieran a cargo del citado Sr. Angulo, de tener una participación en lo que se obtuviese con la venta de las estatuas, tumbas, metales, u otras cosas preciosas que pudieran encontrarse, y que en caso de fracasar se le indemnizaran todos los daños que la viña hubiera sufrido con las obras.

Sobre esta base, los trabajos comenzaron en noviembre de 1725, pero hasta el mes siguiente no apareció vestigio alguno del monumento esperado, y por fin, a principios de enero de 1726 se descubrió una sala sepulcral amplísima, de sorprendente aspecto, pavimentada de mosaico, llenas sus paredes de nichos funerarios, con numerosísimas inscripciones y valiosas obras escultóricas en frisos y sarcófagos.

Se acababa de descubrir el Columbario (1) de los Libertos y Siervos

---

(1) Se llaman «columbarios» a unos edificios sepulcrales subterráneos, o semisubterráneos, que los romanos copiaron probablemente de los etruscos, construídos para guardar en vasos funerarios las cenizas de los difuntos, una vez efectuada la cremación.

Constaban de una o más cámaras con las paredes cubiertas de varias series de nichos, en arcada o cuadrados, que le daban un aspecto similar al de un palomar (al cual los romanos llamaban de «columba=paloma, «columbarium»).

Algunos no tenían más luz que la que daban las lámparas; otros, además, la del tragaluz abierto en la bóveda.

de Livia Augusta, cuya capacidad y riqueza sorprendió a los eruditos, y produjo un movimiento de admiración e interés, que en cierto modo le perjudicó, provocando fuera desmantelado de sus elementos ornamentales más interesantes, por el propietario y los excavadores, impacientes por conseguir el lucro económico de su acertado trabajo.

El Cardenal de Polignac, muy versado en epigrafía y arte clásico, y que por estos años ocupaba en Roma, como hemos visto, la Prefectura de Negocios de la Santa Sede junto a Benedicto XIII, se interesó extraordinariamente, desde el primer momento, por el descubrimiento, proveyó con gran liberalidad a la conservación de muchas partes del mismo, adquirió para su Galería de Antigüedades diversas lápidas y esculturas, y a su costa hizo continuar las obras, con tal fortuna, que en 1727 fué descubierta una sala del mismo columbario, pavimentada de mosaico blanco y negro, y llena de lápidas, sarcófagos y detalles arquitectónicos de interés.

Sin duda, el éxito de estas excavaciones animaron al Cardenal a continuarlas por los alrededores, hallando a poco más de treinta metros de distancia otro columbario pequeño, mucho más modesto que el anterior, pero que para nosotros tiene un interés excepcional, pues en él apareció la lápida de Febo Tormogo.

Es totalmente subterráneo. Fundamentalmente se compone de una sola estancia en forma de L, de algo menos de seis metros de largo en la zona más amplia, a la cual se entra por un pozo abierto en el techo, que coincidía con una escalera construída ya en el interior del columbario. Por allí se descendía para colocar en los vasos funerarios las cenizas de los difuntos, y para pasar a otro pozo de algo más de veinte metros de profundidad, con huecos hechos en la pared que servían de escalones, en cuyo fondo un largo y torcido corredor conducía a una estancia sepulcral pequeña. Este pozo, de forma no redonda sino ovalada, con los extremos largos recuadrados, tenía un metro setenta y cinco centímetros en su diámetro mayor, y casi noventa centímetros en el menor.

A algo menos de seis metros de la boca de este pozo hay un pequeño corredor sin salida, con tres nichos reducidos, aptos para contener tres urnitas. Apoyada en el muro de este corredor apareció la lápida de Febo.

En las fotografías que acompañan este artículo, reproducción unas y adaptación otras, de dibujos de Ghezzi, puede verse claramente la planta de todo el columbario (fot. núm. 1), el alzado de la estancia principal (fot. núm. 2) y el del pozo más profundo (fot. núm. 3), estando señalado en ésta con una I, la lápida de Febo, en el mismo lugar donde fuera encontrada. Esta puede verse en la fotografía número 4.

## LA LÁPIDA

Apesar de que en tan poco tiempo se había encontrado una serie numerosa y variada de lápidas funerarias, sobre todo en el imponente columbario de Livia Augusta, que podía contener las cenizas de más de 3.000 personas, podemos afirmar, sin apasionamiento, que la que más curiosidad despertó entre los investigadores de la arqueología clásica, sobre todo franceses e italianos, fué la de nuestro paisano, debido a que contenía los nombres de dos cónsules, completamente desconocidos entonces: Q. Mustio Prisco y M. Pontio Laeliano.

Es tal el interés, que Antonio María LUPI se precipita a publicar el texto de la inscripción, a base de «una copia exacta hecha por persona entendida», sin haber visto la lápida, pues como confiesa «el mármol está en poder del Cardenal de Polignac... y mis conocimientos no llegan tan alto».

Y el número correspondiente al mes de agosto de 1728, de «*Memoires pour l'Histoire des Sciences et des Beaux Arts. Trevoux*» (págs. 1551/4);

y el «*Journal des Scavans*», de noviembre de 1728 (pags. 566/8);

y la «*Novelle della Republica delle Lettere*», del 13 de agosto de 1729 (págs. 261/3);

y Escipión MAFFEI, en «*Verona Illustrada*», de 1731 (páginas 267/70);

y Pedro León GHEZZI, en su «*Camera Sepolcrali...*», en 1731 también (lámina XXVIII);

y Antonio Francisco GORI, en «*Monumentum sive columbarium...*», publicado en Venecia en 1737 (prefacio pág. XII y lámina A);

y MURATORI en el «*Novus thesaurus inscriptionum*», que aparece en Milán en 1739 (tomo I, págs. CCCXXVII y CCCXXXV);

y las «*Memoires de Literature...*», de la Academia Francesa, en 1751 (págs. 445/52);

entre los que yo he visto, y otros más que no citamos por no hacer interminable esta lista bibliográfica, publican la inscripción, ya escuetamente, ya con comentarios más o menos detallados, pero encomiando siempre el interés y novedad de la misma.

Intentamos hacer a continuación un resumen de tales comentarios, ajustándolos a cada una de las palabras del texto de la inscripción.

Pero antes transcribiremos la lápida y sus características principales.

Su texto es el siguiente:

D . . M

PHOEBVS

QVI . ET . TORMOGVS

HISPANVS

NATVS SEGISAMO

NE . III K MARTIAS

C . BELLICIO TORQVA

TO . TI . CLAVDIO

ATTICO . HERODE COS

DEEVNCTVS . IIII

NONAS AVGVSTAS

Q . MVSTIO PRISCO

M . PONTIO . LAELIANO

COS

PHOEBION ET PRIMI

GENIA FILIO KARISSI

MO . FILIO DVLCISSI

MO FECERVNT

Que puede traducirse: «A los Dioses Manes. Febo, llamado también Tormogo, español, nacido en Sasamón el 27 de febrero, siendo Cónsules Cayo Bellicio Torquato y Tiberio Claudio Attico Herodes, falleció el 2 de agosto siendo Cónsules Quinto Mustio Prisco y Marco Pontio Laeliano. Febión y Primigenia hicieron (esta lápida) a su hijo queridísimo, a su hijo dulcísimo».

La losa tiene 59 centímetros de alta por 29 de ancha y 26 a 33 de grueso según los sitios.

El lapidario, después de SEGISAMO, esculpió equivocadamente una I, que luego borró deficientemente, de modo que aún se nota mucho. Tuvo un descuido al gravar al nombre del segundo Cónsul, pues puso primero CLAVDO, rectificándolo luego por CLAVDIO, aunque tampoco con el esmero suficiente para que ya no se conozca. Y por último olvidó la N de Pontio, que tuvo que interlinear con letra pequeña.

El Cardenal de Polignac, al recogerla, la incorporó a su magnífica colección de Antigüedades Clásicas, trasladándola a París, donde nos consta estaba ya en 1743, pero probablemente desde varios años antes. Según los datos que figuran en el Museo del Estado de Berlín, pasó a formar parte del mismo en el año 1891, catalogándose bajo el número 1203. Allí está hoy. Sin embargo, debió de adquirirla antes dicho Museo, pues el tomo

VI (pág. 2246) del «Corpus Inscriptiorum Latinarum», la sitúa ya en él, y dicho tomo se publicó en Berlín en 1886.

Comentario del texto de la inscripción:

**D. M.**—Empieza con la invocación a los Dioses Manes.

En Roma daban este nombre a los espíritus de los muertos de una familia, entendidos en general, sin personalizar en individuos determinados.

La creencia en una vaga supervivencia del alma después de destruído el cuerpo, y de la influencia que ejercían sobre los supervivientes de la misma familia, era lo que hacía nacer la veneración y el temor de los vivos hacia sus propios Manes, y lo que les divinizaba, aunque fuera en una categoría muy inferior a los verdaderos dioses, ya que su culto quedaba limitado al estrecho círculo de la familia.

El poner en cabeza de las lápidas mortuorias las iniciales D. M. se hizo tan general que, incluso, se ve en inscripciones de cristianos. De modo que no es posible deducir, en este caso, de las indicadas letras, la religión que Febo y su familia pudieran profesar.

**PHOEBVS QUI ET TORMOGVS.**—El nombre de FEBO se le daba a Apolo, considerándolo como dios de la luz, por lo que es usado poéticamente como sinónimo del Sol.

Las palabras **QVI ET**, que otras veces son sustituídas por «*quae et*» o por «*sive*», indican, en este caso, la existencia de dos subnomen: Febo, uno, y Tormogo, otro.

Esta costumbre de dar dos subnombres a la misma persona, llegó a ser frecuente en Roma bajo los emperadores, encontrándose gran número de ejemplos en las colecciones lapidarias. Uno de estos subnombres es lo que vulgarmente llamamos apodo, bien fuera originado en la persona que lo llevaba, o bien heredado, pues se daba algunas veces a los niños desde su nacimiento.

Sin embargo, el hecho de que el segundo subnomen sea precisamente «Tormogo», o sea el de la tribu a que correspondía el pueblo del nacimiento de Febo, produce alguna duda, pues era raro que personas de condición libre llevaran el nombre de su país, cosa en cambio muy frecuente entre los esclavos. Habría que deducir de aquí, que Febo y su familia eran esclavos?

Los **TORMOGOS** eran una tribu de origen céltico, o ligur, que ocupaba la parte central de la actual provincia de Burgos, coincidiendo su territorio, casi exactamente, con la cuenca del Arlanzón, sus afluentes, más la del pequeño Odra.

Lindaban al Norte con los Autrigones, asentados en la cuenca alta del Ebro, y con los Cántabros que tenían a este lado el bastión adelantado de Amaya; a Levante, con los Berones de la Rioja; al Sur, con los Pelendones, situados en la cuenca del Arlanza, y a Poniente, con los Vacceos, actuales palentinos, de quien los separaba, como aún hoy, el río Pisuerga.

De ellos nos hablan Plinio, Tolomeo y Orosio, pero sin darles exactamente el mismo nombre, pues mientras Plinio habla de «turmodigos» y de «turmogidos», Tolomeo los llama «murbogos», y Orosio, según los textos, «turmogos» o «turmodigos». La letra inicial parece que ha de ser T y no M, pues esta última sólo la usa Tolomeo, griego que no salió de Egipto, y en cambio la T la emplea Plinio, que estuvo en España, pues fué Procurador de la Citerior en tiempo de Tito, y Orosio, que era español y por lo tanto con base para estar más enterados. Además lo confirma nuestra lápida. Sobre las demás modalidades (turmogos, tormogos, turmodigos, turmogidos) es difícil decidir, a no ser que nos inclinemos por la coexistencia de denominaciones distintas.

**HISPANVS NATVS SEGISAMONE.**—Tres ciudades hubo en la España primitiva que recibieron el nombre de Segisama o Segisamo.

Una, **SEGISAMO**, con O, que es la actual Sasamón de la provincia de Burgos, a la que se refieren diferentes inscripciones romanas, como el hito terminal que se conserva en el Museo de Burgos, encontrado en Villasidro, dos kilómetros y medio al Noroeste de Sasamón, el año 1869, por los Señores Vázquez de la Campa y Villanueva, que indica el límite entre Segisamo y la Legión IV Macedónica; la placa de bronce o tésera de hospitalidad, encontrada el mismo año y también conservada en el Museo de Burgos, correspondiente al año 239 de nuestra era, en la que un colegio de hombres y mujeres, libres unos y siervos otros, cuyos nombres y profesiones se detallan, mueven sus votos, felices y gustosos, en favor de cuatro patronos y una patrona, a quienes califican de meritísimos, felicísimos, aventajadísimos y piadosísimos.

También se cita en tres parajes el Itinerario de Antonino (394,5; 449,5; 454,2) como etapa de la vía de Zaragoza a Astorga, entre la actual Briviesca y Lacobriga, y Tolomeo que menciona expresamente a Segisamo entre los Murbogos (2, 6, 51), y Plinio que dice: «al Conventus Clunien-sis los turmodigos llevan cuatro pueblos, entre ellos a los segisamonenses y a los segisamaitulienses» (III-26); y Strabon, que en III-4-13 hace constar que «Polibio al hablar de los pueblos cuakkaioi y keltiberes y de las localidades que les pertenecen, cita, entre otras ciudades, las de Segesama e Interkatia».

Hay otra **SEGISAMA**, con A, y con el sobrenombre de **JULIA**, distinta de Segisamo, ya que, como hemos visto, Plinio cita a ambas entre

los turmodigos. Según Polibio (citado por Strabon en III-4-13), Segisama estaba en el territorio de los Vacceos; Schulten opina sin embargo, muy acertadamente y apoyado en sólidos fundamentos, que Segisamo es la ciudad ibérica y la actual Sasamón, mientras que Segisama, con el calificativo de Julia, era el campamento que Augusto estableció para la guerra contra los cántabros, cerca de Sasamón, y que fué transformado después de la victoria en ciudad romana, como sucedió con el campamento de Asturica, que se transformó en ciudad, siendo la actual Astorga.

Que el campamento de Augusto estaba cerca de Sasamón y no dentro de la población es clarísimo, y lo confirma Orosio, cuando dice: «castra posuit apud Segisaman». Igualmente, el campamento de la Legión III estaba a un kilómetro de la ciudad indígena de Lambaesis; el de la Legión XV, a un kilómetro de Carnuntum, e igual sucedía con otros muchos.

Sin duda el cerro de San Pedro, situado junto al río Brulles, y a un kilómetro de Sasamón, donde se encuentran restos arqueológicos y cacharros romanos, debió ser el campamento de Augusto y por lo tanto la ciudad de Segisama Julia. El cerro tiene unas 12 hectáreas, lo que basta para un campamento de una legión acampada en tiendas, pues en cuarteles de piedra exigía de 20 a 25 hectáreas.

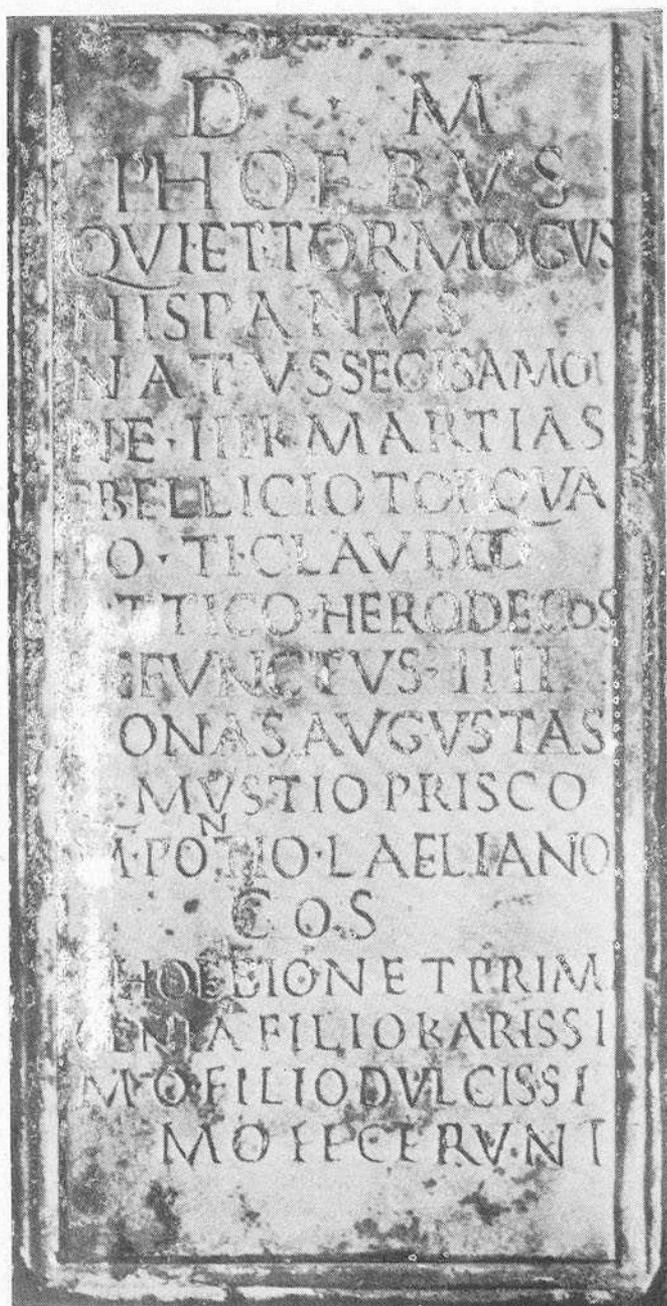
Además había en la península un SEGISAMA BRACARA, conocida gracias al epítafio de un soldado de la Legión VII de León, encontrado en Tarragona, y cuya situación es desconocida. Y un SIGISAMUN CULUM, que según el Itinerario de Antonio estaba a unos 60 kilómetros al Este de Segisamo, y que Tolomeo menciona como ciudad de los autrigones.

De modo que, a pesar de las dudas y disquisiciones, algunas muy prolijas, surgidas a raíz del descubrimiento de la lápida, sobre la identificación del lugar del nacimiento de Febo, hoy no cabe la menor duda de que se trata de la actual Sasamón, situada dentro del territorio de los tumordigos y cerca de Segisama Julia.

**III K MARTIAS.**—Tres días antes de las Calendas de marzo corresponde al 27 de febrero, ya que en aquella época, este mes tenía 29 días, y las Calendas, igual en marzo que en todas los demás meses, eran el día uno.

**C. BELLICIO TORQVATO, TI. CLAVDIO ATTICO HERODES COS.** — Ambos cónsules son perfectamente conocidos, pues figuran en otras varias inscripciones, y corresponden al año 896 de la fundación de Roma, 143 de la Era Cristiana, y 6.º del reinado de Antonio Pío. Tal año, pues, fué el del nacimiento de Febo.

**C. BELLICIO TORQVATO,** debió ser hijo de otro personaje del mismo nombre, que fué cónsul con M. Alicius Glabrio en el año 877 de Roma, o sea 124 de Jesucristo, a no ser que, como sostiene el Cardenal Noris y algunos otros autores, se tratará del mismo, que hubiera sido ya



Núm. 3.—Lápida mortuoria del joven Febo

(Corresponde al artículo del Sr. Hornillos Escribano).

cónsul 19 años antes. No conocemos ningún detalle de su vida; solo las diferentes menciones de su nombre en los monumentos antiguos.

TI. CLAVDIO ATTICO HERODES, es personaje de gran relieve, pues su fama de filósofo y orador se extendieron, no solo por Grecia, su patria, sino también por Roma.

Había nacido en Maratón el año 101 de Jesucristo. Era hijo de un ciudadano ateniense del mismo nombre, que siendo de posición económica modestísima, halló un inmenso tesoro en la casa que habitaba, y temiendo a los denunciadores, informó al emperador Nerva de su descubrimiento, rogándole le dijera que había de hacer con él, a lo que el emperador le contestó: «Usa de él» replicóle Attico que era una fortuna superior a lo que él podía normalmente gastar, y el emperador le dijo: «Entonces, abusa de ella». Attico empleó la mayor parte de sus bienes en favor de sus conciudadanos, y al morir dejó a cada ateniense una «mina» (moneda equivalente a 100 dracmas) de renta anual. Su hijo, el Consul de la lápida, cumplió a medias la voluntad de su padre, pues dió a cada uno, cinco «minas» a la vez, y luego nada más, lo cual los atenienses no le perdonaron, a pesar de su fama y de los grandes beneficios que hizo a la ciudad.

Attico Herodes hijo, se crió pues en la opulencia, y recibió una esmeradísima educación, dedicándose principalmente al estudio de la retórica y la filosofía, bajo la dirección de los maestros más famosos de su tiempo. Años después su casa de Atenas, y la quinta que poseía en Cefisa, fueron centros de reunión de sabios y literatos, donde se discutía sobre los puntos más arduos de la filosofía, defendiendo siempre Herodes la doctrina de Platón en toda su pureza. Marco Aurelio y Lucio Vero, fueron discípulos suyos de rotórica y elocuencia.

Cuando contaba solo 24 años, Adriano le nombró Prefecto de Asia, más tarde Marco Aurelio, Arconte eponimo de Atenas, y el año 143 fué Cónsul, como sabemos, por la lápida que comentamos.

Estuvo casado con Regila, a cuya muerte mandó levantar a las puertas de Roma, un santuario llamado Triopium, en honor de Atenea y de la Nemesis de Ramnonte, en cuyo recinto reunía a las demás romanas exhortándolas a exaltar la memoria de Regila como la de una heroína, llamándola luz de su hogar, y entregándose a extremadas manifestaciones de color, demasiado exageradas para ser sinceras, suposición no desprovista de fundamento, pues el público decía que Regila había sucumbido, víctima de los malos tratos de su marido, hecho por el cual se le acusó de homicidio ante Marco Aurelio.

Al quedar viudo se dejó dominar por su libertos, que con su insolencia y fausto se hicieron aborrecer de los atenienses, y de los magistrados romanos encargados del gobierno de Atenas, antipatía e impopularidad

que alcanzó también a Attico, que fué denunciado de nuevo ante Marco Aurelio. Poco después, el año 177, falleció de consunción, siendo enterrado en un suntuoso estadio que había mandado construir con este objeto. Como hemos dicho antes, junto al tercer miliario de la Vía Apia, tuvo una quinta de recreo.

**DEFVNTVS IIII NONAS AVGVSTAS.** — Como en el mes de agosto las nonas eran el día cinco, la fecha indicada corresponde al dos de agosto, día del fallecimiento de Febo Tormogo.

**Q. MVSTIO PRISCO, M. PONTIO LAELIANO COS.** — Como hemos dicho antes, para los eruditos del siglo XVIII, y para los posteriores, el punto más interesante de la lápida de Febo, es precisamente el del nombre de estos dos Cónsules, que eran totalmente desconocidos cuando el mármol apareció, y cuya identificación se hacía más difícil al no dar la inscripción ningún otro dato, como la edad del fallecido, por ejemplo, por el cual pudiera precisarse el año de su mandato.

Aun hoy, a pesar del gran avance de las ciencias históricas y arqueológicas, y del rigor de las técnicas empleadas por ellas, no se puede dar una opinión totalmente segura sobre el asunto.

Los criterios sostenidos pueden reducirse a dos:

Uno, mantenido fundamentalmente por Muratori, el cual, partiendo de idea de que Mustio Prisco y Pontio Laeliano fueron cónsules propietarios, buscó en los Fastos de más autoridad de su tiempo, y en los años siguientes al 143 de nuestra era, fecha segura del nacimiento de Febo Tormogo, cónsules cuyos nombres guardarán similitud, —ya que idénticos no los había— al de los de la lápida. Y efectivamente halló, que en los Fastos de Oxford y en los editados por Norisio, figuraban en el año 915 de Roma y 163 de nuestra era: «L. Aeliano» y «..... Pastor».

Sin dudarlo aceptó la identidad de personas entre los cónsules indicados en los Fastos y los fijados en la lápida, diciendo que: «hemos de opinar que Laeliano, en alguna parte, se cambió por L. Aeliano» y que «no sería inverosímil que Q. Mustius Priscus, o hubiera sustituido su nombre por Pastor, o que también hubiere llevado el nombre de Pastor».

Esta cronología, y con ella la suposición de que Febo Tormogo murió el 2 de agosto de 163, y por lo tanto vivió algo más de 20 años, es aceptada también, pero con reservas, por el «Corpus Inscriptionum Latinarum» (vol. VI, parte III, pág. 2.446, inscripción 24.162).

La segunda teoría rechaza por artificiosa la opinión anterior. Realmente hay que forzar mucho las cosas y los nombres para conseguir la identificación de unos y otros cónsules. Sostiene en consecuencia que no se pueda decir que Mustio Prisco y Pontio Laeliano fueran cónsules propietarios, a menos que rechacemos la autoridad de todos los Fastos publica-

dos, a pesar de estar confeccionados con el mayor escrúpulo. Se trata, pues, de dos cónsules «subrogados», sustitutos o suplentes, o sea aquellos que ejercían la función consular solo unos meses, hasta el final del período anual que le correspondía a un cónsul propietario, que por uno u otro motivo, había cesado en el cargo.

Esta opinión, insinuada ya en 1728 en las «Memoires pour l'histoire des sciences...» es mantenida por los escritores más modernos y prestigiosos, y parece irrefutable.

No hay en cambio unanimidad en cuanto a la fecha en que ejercieron su función estos cónsules subrogados, ni por lo tanto en la muerte de Febo Tormogo.

Así el autor de las citadas «Memoires...» lo fija el mismo año 143, entendiendo que el motivo de no poner en la lápida la edad del fallecido, fué precisamente porque estos segundos cónsules subrogaron a los otros dos, y por lo tanto actuaron el mismo año, con lo cual Febo habría vivido solo cinco meses y tres días. Opinión similar, aunque con duda, sostiene el italiano autor de la nota del «Journal des Scavans» del mes de diciembre de 1728, idéntica a la publicada en italiano en el número de 13 de agosto de 1729 de «Novelle della Republica delle Lettere».

En las «Memoires de Litterature...» se fija vagamente entre los años 143 y 161.

Ritterling entre 144 y 147 («L'Année épigraphique relatives a l'antiquité romaine», Mitt. XX, 1897, 22).

La «Real Encyclopädie der clasischen altertumwissenschaft» publicada en Stuttgart en 1933, por Paulys-Wssowa, duda entre el año 144 y 145.

Por último, Attilio De Grassi, en sus «Fastos Consolari dell'Impero Romano», páginas 40/1, que han aparecido en Roma en 1952, lo concreta, aunque sin plena seguridad, en el año 144.

Las últimas opiniones consignadas, que resultan de los estudios más recientes, son, hoy por hoy, definitivas. Sin embargo, en nuestro caso cuesta trabajo pensar que Febo naciera en Sasamón el 27 de febrero de 143, y falleciera a miles de kilómetros de distancia, el 2 de agosto del año siguiente, o acaso del mismo año. No parece presumible que sus padres lo llevaran a Roma tan pequeño.

Q. MVSTIVS PRISCVS fué Gobernador pretorio de la Dacia Superior el 23 de febrero de 144, según resulta de una inscripción publicada en el «Corpus Ins. Lat.» (XVI, 90 duplicada), y M. PONTIVS LAELIANVS Gobernador consular de la Panonia superior, el 19 de junio de 146 (Ann. Epigr. 1947 n. 135).

PHOEBION ET PRIMIGENIA, FILIO KARISSIMO, FILIO DVLCISSIMO, FECERVNT.—La lápida no indica la edad del fallecido,

dato que se solía consignar en casi todas las inscripciones, incluso concretando no solo los años, sino los meses y días que había vivido; ni la profesión o cargo que ostentase, ni ningún detalle de su vida, contra lo que era normal en aquellos tiempos.

En cambio, esta dedicatoria tan sentida de sus padres, nos lleva al convencimiento de que su muerte, o por su edad, o por sus circunstancias, o acaso por ambas cosas, dejó honda huella en sus progenitores, la cual nos quisieron transmitir.

Se podría echar a volar la imaginación pensando en las incidencias naturales del viaje del pequeño Febo desde Sasamón a Roma, niño de solo unos meses, si lo suponemos fallecido de medio año o de año y medio; o el dolor de sus padres al perderlo a los 20 años, acaso en la guerra, quizá de cruel enfermedad, si creemos murió el 163. Pero no tenemos ninguna base para concretar un solo detalle de su vida.

Hasta aquí la lápida.

No quiero, sin embargo, terminar este artículo sin mostrar públicamente mi agradecimiento al «Staatliche Museen», de Berlín, y a su Director Dr. Hellmut Sichtermann, que tan amablemente envió las dimensiones de la lápida y, sobre todo, la magnífica fotografía de la misma, que ilustra este artículo. A D.<sup>a</sup> Concepción Fernández-Chicarre y de Dios, y a don Jesús Bermúdez Pareja, Conservadores respectivamente de los Museos Arqueológicos de Sevilla y de la Alhambra de Granada, que me sirvieron tan eficazmente de intermediarios; a la Directora de la Biblioteca Alejandrina de Roma, Excma. Sra. Marquesa Laura Oliviere de San Giacomo, y al servicio italiano de Información Bibliográfica, que tanto me han facilitado la obtención de fotocopias y microfilms de los libros no existentes en la Biblioteca Nacional de Madrid, y el examen directo de obras de la Nazionale di Roma, a pesar de estar cerrada, a causa de las obras que en ella se están efectuando.

CARLOS HORNILLOS ESCRIBANO